

Camus, Albert (1913–1960), novelista, ensayista y dramaturgo francés, considerado uno de los escritores más importantes posteriores a 1945. Su obra, caracterizada por un estilo vigoroso y conciso, refleja la *philosophie de l'absurde*, la sensación de alienación y desencanto junto a la afirmación de las cualidades positivas de la dignidad y la fraternidad humana.

Camus nació en Mondovi (actualmente Drea, Argelia), el 7 de noviembre de 1913, y estudió en la universidad de Argel. Sus estudios se interrumpieron pronto debido a una tuberculosis. Formó una compañía de teatro de aficionados que representaba obras a las clases trabajadoras; también trabajó como periodista y viajó mucho por Europa. En 1939, publicó *Bodas*, un conjunto de artículos que incluían reflexiones inspiradas por sus lecturas y viajes. En 1940, se trasladó a París y formó parte de la redacción del periódico *Paris–Soir*. Durante la II Guerra Mundial fue miembro activo de la Resistencia francesa y de 1945 a 1947, director de *Combat*, una publicación clandestina.

Argelia sirve de fondo a la primera novela que publicó Camus, *El extranjero* (1942), y a la mayoría de sus narraciones siguientes. Esta obra y el ensayo en el que se basa, *El mito de Sísifo* (1942), revelan la influencia del existencialismo en su pensamiento. De las obras de teatro que desarrollan temas existencialistas, *Calígula* (1945) es una de las más conocidas. Aunque en su novela *La Peste* (1947) Camus todavía se interesa por el absurdo fundamental de la existencia, reconoce el valor de los seres humanos ante los desastres. Sus obras posteriores incluyen la novela *La caída* (1956), inspirada en un ensayo precedente; *El hombre rebelde* (1951); la obra de teatro *Estado de sitio* (1948); y un conjunto de relatos, *El exilio y el reino* (1957). Colecciones de sus trabajos periodísticos aparecieron con el título de *Actuelles* (3 vols., 1950, 1953 y 1958) y *El verano* (1954). *Una muerte feliz* (1971), aunque publicada póstumamente, de hecho es su primera novela. En 1994, se publicó la novela incompleta en la que trabajaba cuando murió, *El primer hombre*. Sus Cuadernos, que cubren los años 1935 a 1951, también se publicaron póstumamente en dos volúmenes (1962 y 1964). Camus, que obtuvo en 1957 el Premio Nobel de Literatura, murió en un accidente de coche en Villeblevin (Francia) el 4 de enero de 1960.

Existencialismo, movimiento filosófico que resalta el papel crucial de la existencia, de la libertad y la elección individual, que gozó de gran influencia en distintos escritores de los siglos XIX y XX.

Temas principales

Debido a la diversidad de posiciones que se asocian al existencialismo, el término no puede ser definido con precisión. Se pueden identificar, sin embargo, algunos temas comunes a todos los escritores existencialistas. El término en sí mismo sugiere un tema principal: el énfasis puesto en la existencia individual concreta y, en consecuencia, en la subjetividad, la libertad individual y los conflictos de la elección.

Individualismo moral

La mayoría de los filósofos desde Platón han mantenido que el bien ético más elevado es el mismo para todos: en la medida en que uno se acerca de la perfección moral, se parece a los demás individuos perfectos en el plano moral. El filósofo danés del siglo XIX Søren Kierkegaard, el primer escritor que se calificó de existencialista, reaccionó contra esta tradición al insistir en que el bien más elevado para el individuo es encontrar su propia y única vocación. Como escribió en su diario: "Tengo que encontrar una verdad que sea verdadera para mí la idea por la que pueda vivir o morir". Otros escritores existencialistas se han hecho eco de la creencia de Kierkegaard de que uno ha de elegir el camino propio sin la ayuda de modelos universales, objetivos. En contra de la idea tradicional de que la elección moral implica un juicio objetivo sobre el bien y el mal, los existencialistas han afirmado que no se puede encontrar ninguna base objetiva, racional, para defender las decisiones morales. El filósofo alemán del siglo XIX Friedrich Nietzsche sostuvo que el individuo tiene que decidir qué situaciones deben ser consideradas como situaciones morales.

Subjetividad

Todos los existencialistas han seguido a Kierkegaard al resaltar la importancia de la acción individual apasionada al decidir sobre la moral y la verdad. Han insistido, por tanto, en que la experiencia personal y actuar según las convicciones propias son factores esenciales para llegar a la verdad. Así, la comprensión de una situación por parte de alguien que está comprometido en esa situación es más alta que la del observador indiferente, objetivo. Este énfasis puesto en la perspectiva del agente individual ha hecho que los existencialistas sean suspicaces respecto al razonamiento sistemático. Kierkegaard, Nietzsche y otros escritores existencialistas fueron, de un modo intencionado, no sistemáticos en la exposición de sus filosofías y prefirieron expresarse mediante aforismos, diálogos, parábolas y otras formas literarias. A pesar de su posición antirracionalista de partida, no se puede decir que la mayoría de los existencialistas fueran irracionales en el sentido de negar toda validez al pensamiento racional. Han mantenido que la claridad racional es deseable allí donde sea posible, pero que las materias más importantes de la vida no son accesibles a la razón o a la ciencia. Además, han sostenido que incluso la ciencia no es tan racional como se supone. Nietzsche, por ejemplo, afirmó que la visión científica de un universo ordenado es para la mayoría una ficción práctica, una entelequia.

Elección y compromiso

Tal vez el tema más destacado en la filosofía existencialista es el de la *elección*. La primera característica del ser humano, según la mayoría de los existencialistas, es la libertad para elegir. Los existencialistas mantienen que los seres humanos no tienen una naturaleza inmutable, o esencia, como tienen otros animales o plantas; cada ser humano hace elecciones que conforman su propia naturaleza. Según la formulación del filósofo francés del siglo XX Jean-Paul Sartre, la existencia precede a la esencia. La elección es, por lo tanto, fundamental en la existencia humana y es ineludible; incluso la negativa a elegir implica ya una elección. La libertad de elección conlleva compromiso y responsabilidad. Los existencialistas han mantenido que, como los individuos son libres de escoger su propio camino, tienen que aceptar el riesgo y la responsabilidad de seguir su compromiso dondequiera que les lleve.

Temor y angustia

Kierkegaard mantenía que es crucial para el espíritu reconocer que uno tiene miedo no sólo de objetos específicos sino también un sentimiento de aprehensión general, que llamó *temor*. Lo interpretó como la forma que tenía Dios de pedir a cada individuo un compromiso para adoptar un tipo de vida personal válido. La palabra *angustia* posee un papel decisivo similar en el trabajo del filósofo alemán del siglo XX Martin Heidegger; la angustia lleva a la confrontación del individuo con la nada y con la imposibilidad de encontrar una justificación última para la elección que la persona tiene que hacer. En la filosofía de Sartre, la palabra *náusea* se utiliza para el reconocimiento que realiza el individuo de la contingencia del universo, y la palabra *angustia* para el reconocimiento de la libertad total de elección a la que hace frente el hombre en cada momento.

Historia

El existencialismo, como movimiento filosófico y literario, pertenece a los siglos XIX y XX, pero se pueden encontrar elementos de existencialismo en el pensamiento (y vida) de Sócrates, en la Biblia y en la obra de muchos filósofos y escritores premodernos.

Pascal

El primero que anticipó las principales inquietudes del existencialismo moderno fue el filósofo francés del siglo XVII Blaise Pascal. Pascal rechazó el vigoroso racionalismo de su contemporáneo René Descartes, afirmando en sus *Pensées* (*Pensamientos*, 1670) que una filosofía sistemática que se considera capaz de

explicar a Dios y la humanidad representa una forma de orgullo. Al igual que los escritores existencialistas posteriores, contempló la vida humana en términos de paradojas: la personalidad humana, que combina mente y cuerpo, es en sí misma paradoja y contradicción.

Kierkegaard

Kierkegaard, considerado como el fundador del existencialismo moderno, reaccionó contra el idealismo absoluto sistemático del filósofo alemán del siglo XIX Georg Wilhelm Friedrich Hegel, que afirmó haber encontrado un entendimiento racional total de la humanidad y de la historia. Kierkegaard, por el contrario, resaltó la ambigüedad y lo absurdo de la situación humana. La respuesta individual a esta situación tiene que ser vivir una existencia comprometida por completo, y este compromiso sólo puede ser entendido por el individuo que lo asume. El individuo, por lo tanto, tiene que estar siempre dispuesto para desafiar las normas de la sociedad en nombre de la mayor autoridad de un tipo de vida auténtica en el orden personal. Kierkegaard abogó por un "cambio de fe" en el modo de vida cristiano que, aunque incomprensible y lleno de riesgos, era el único compromiso que, según creía, podía salvar al individuo de la desesperación.

Nietzsche

Nietzsche, que no conocía el trabajo de Kierkegaard, transformó el pensamiento existencialista posterior a través de su crítica de las tradicionales suposiciones metafísicas y morales, y su adopción del pesimismo trágico y de la voluntad individual afirmadora de la vida que la opone a la conformidad moral de la mayoría. En oposición a Kierkegaard, cuyo ataque a la moral convencional le llevó a defender un cristianismo radical e independiente, Nietzsche proclamó la "muerte de Dios" y rechazó toda la tradición moral judeocristiana en favor de los heroicos ideales paganos.

Heidegger

Heidegger, al igual que Pascal y Kierkegaard, reaccionó en contra del intento de fundamentar la filosofía sobre una base conclusiva racionalista, en este caso la fenomenología del filósofo alemán del siglo XX Edmund Husserl. Heidegger afirmó que la humanidad se encuentra en un mundo incomprensible e indiferente. Los seres humanos no pueden esperar comprender por qué están aquí; en su lugar, cada individuo ha de elegir una meta y seguirla con apasionada convicción, consciente de la certidumbre de la muerte y del sin sentido último de la vida propia. Heidegger contribuyó al pensamiento existencialista al poner el énfasis en el ser y la ontología (véase Metafísica) tanto como en el lenguaje.

Sartre

Sartre fue el primero en dar al término *existencialismo* un uso masivo al utilizarlo para identificar su propia filosofía y ser el principal representante de un movimiento distinto en Francia que fue influyente a escala internacional después de la II Guerra Mundial. La filosofía de Sartre es atea y pesimista de una forma explícita; declaró que los seres humanos necesitan una base racional para sus vidas pero son incapaces de conseguirla y, por ello, la existencia de los hombres es "pasión inútil". No obstante, Sartre insistió en que el existencialismo es una forma de humanismo y resaltó la libertad, elección y responsabilidad humana. Con gran refinamiento literario, intentó reconciliar esos conceptos existencialistas con un análisis marxista de la sociedad y de la historia.

Existencialismo y teología

A pesar de que el pensamiento existencialista engloba el ateísmo absoluto de Nietzsche y Sartre y el agnosticismo de Heidegger, su origen en las meditaciones religiosas de Pascal y Kierkegaard hizo presagiar su gran influencia en la teología del siglo XX. El filósofo alemán del siglo XX Karl Jaspers, aunque rechazó las doctrinas religiosas ortodoxas, influyó en la teología moderna con su preocupación por la trascendencia y los

límites de la experiencia humana. Los teólogos protestantes alemanes Paul Tillich y Rudolf Bultmann, el teólogo católico francés Gabriel Marcel, el filósofo ortodoxo ruso Nikolái Berdiáiev y el filósofo germano-judío Martin Buber heredaron muchas de las inquietudes de Kierkegaard, en particular respecto a la creencia de que un sentido personal de la autenticidad y el compromiso resulta esencial para la fe religiosa.

Existencialismo y literatura

Algunos filósofos existencialistas hallaron en la literatura el camino idóneo para transmitir su pensamiento, y el existencialismo ha sido un movimiento tan vital y amplio en literatura como en filosofía. El novelista ruso del siglo XIX Fiódor Dostoievski es quizá el mayor representante de la literatura existencialista. En *Memorias del subsuelo* (1864), el enajenado antihéroe está enfadado frente a las pretensiones optimistas del humanismo racionalista. La idea de la naturaleza humana que surge en esta y otras novelas de Dostoievski consiste en que es imprevisible, perversa y autodestructiva; sólo el amor cristiano puede salvar a la humanidad de sí misma, pero ese amor no puede ser entendido desde la sensibilidad filosófica. Como dice el personaje de Aliosha en *Los hermanos Karamazov* (1879–1880): "tenemos que amar la vida más que el significado de la misma".

En el siglo XX las novelas del escritor judío checo Franz Kafka, como *El proceso* (1925), *El castillo* (1926) y *América* (1927), presentan hombres aislados enfrentados a burocracias inmensas, laberínticas y genocidas; los temas de Kafka de la angustia, la culpa y la soledad reflejan la influencia de Kierkegaard, Dostoievski y Nietzsche. También se puede apreciar la influencia de Nietzsche en las novelas del escritor francés André Malraux y en las obras de teatro de Sartre. La obra del escritor Albert Camus está asociada a este movimiento debido a la importancia en ella de temas como el absurdo y futilidad de la existencia, la indiferencia del universo y la necesidad del compromiso en una causa justa. También se reflejan conflictos existencialistas en el teatro del absurdo, sobre todo en las obras de Samuel Beckett y Eugène Ionesco. En Estados Unidos, la influencia del existencialismo en la literatura ha sido más indirecta y difusa, pero se pueden encontrar trazas del pensamiento de Kierkegaard en las novelas de Walker Percy y John Updike, y varios temas existencialistas son evidentes en la obra de escritores como Norman Mailer, John Barth y Arthur Miller.

Existencialismo y literatura

Algunos filósofos existencialistas hallaron en la literatura el camino idóneo para transmitir su pensamiento, y el existencialismo ha sido un movimiento tan vital y amplio en literatura como en filosofía. El novelista ruso del siglo XIX Fiódor Dostoievski es quizá el mayor representante de la literatura existencialista. En *Memorias del subsuelo* (1864), el enajenado antihéroe está enfadado frente a las pretensiones optimistas del humanismo racionalista. La idea de la naturaleza humana que surge en esta y otras novelas de Dostoievski consiste en que es imprevisible, perversa y autodestructiva; sólo el amor cristiano puede salvar a la humanidad de sí misma, pero ese amor no puede ser entendido desde la sensibilidad filosófica. Como dice el personaje de Aliosha en *Los hermanos Karamazov* (1879–1880): "tenemos que amar la vida más que el significado de la misma".

En el siglo XX las novelas del escritor judío checo Franz Kafka, como *El proceso* (1925), *El castillo* (1926) y *América* (1927), presentan hombres aislados enfrentados a burocracias inmensas, laberínticas y genocidas; los temas de Kafka de la angustia, la culpa y la soledad reflejan la influencia de Kierkegaard, Dostoievski y Nietzsche. También se puede apreciar la influencia de Nietzsche en las novelas del escritor francés André Malraux y en las obras de teatro de Sartre. La obra del escritor Albert Camus está asociada a este movimiento debido a la importancia en ella de temas como el absurdo y futilidad de la existencia, la indiferencia del universo y la necesidad del compromiso en una causa justa. También se reflejan conflictos existencialistas en el teatro del absurdo, sobre todo en las obras de Samuel Beckett y Eugène Ionesco. En Estados Unidos, la influencia del existencialismo en la literatura ha sido más indirecta y difusa, pero se pueden encontrar trazas del pensamiento de Kierkegaard en las novelas de Walker Percy y John Updike, y varios temas existencialistas son evidentes en la obra de escritores como Norman Mailer, John Barth y Arthur Miller.

Existencialismo y literatura

Algunos filósofos existencialistas hallaron en la literatura el camino idóneo para transmitir su pensamiento, y el existencialismo ha sido un movimiento tan vital y amplio en literatura como en filosofía. El novelista ruso del siglo XIX Fiódor Dostoievski es quizá el mayor representante de la literatura existencialista. En *Memorias del subsuelo* (1864), el enajenado antihéroe está enfadado frente a las pretensiones optimistas del humanismo racionalista. La idea de la naturaleza humana que surge en esta y otras novelas de Dostoievski consiste en que es imprevisible, perversa y autodestructiva; sólo el amor cristiano puede salvar a la humanidad de sí misma, pero ese amor no puede ser entendido desde la sensibilidad filosófica. Como dice el personaje de Aliosha en *Los hermanos Karamazov* (1879–1880): "tenemos que amar la vida más que el significado de la misma".

En el siglo XX las novelas del escritor judío checo Franz Kafka, como *El proceso* (1925), *El castillo* (1926) y *América* (1927), presentan hombres aislados enfrentados a burocracias inmensas, laberínticas y genocidas; los temas de Kafka de la angustia, la culpa y la soledad reflejan la influencia de Kierkegaard, Dostoievski y Nietzsche. También se puede apreciar la influencia de Nietzsche en las novelas del escritor francés André Malraux y en las obras de teatro de Sartre. La obra del escritor Albert Camus está asociada a este movimiento debido a la importancia en ella de temas como el absurdo y futilidad de la existencia, la indiferencia del universo y la necesidad del compromiso en una causa justa. También se reflejan conflictos existencialistas en el teatro del absurdo, sobre todo en las obras de Samuel Beckett y Eugène Ionesco. En Estados Unidos, la influencia del existencialismo en la literatura ha sido más indirecta y difusa, pero se pueden encontrar trazas del pensamiento de Kierkegaard en las novelas de Walker Percy y John Updike, y varios temas existencialistas son evidentes en la obra de escritores como Norman Mailer, John Barth y Arthur Miller.

Existencialismo y literatura

Algunos filósofos existencialistas hallaron en la literatura el camino idóneo para transmitir su pensamiento, y el existencialismo ha sido un movimiento tan vital y amplio en literatura como en filosofía. El novelista ruso del siglo XIX Fiódor Dostoievski es quizá el mayor representante de la literatura existencialista. En *Memorias del subsuelo* (1864), el enajenado antihéroe está enfadado frente a las pretensiones optimistas del humanismo racionalista. La idea de la naturaleza humana que surge en esta y otras novelas de Dostoievski consiste en que es imprevisible, perversa y autodestructiva; sólo el amor cristiano puede salvar a la humanidad de sí misma, pero ese amor no puede ser entendido desde la sensibilidad filosófica. Como dice el personaje de Aliosha en *Los hermanos Karamazov* (1879–1880): "tenemos que amar la vida más que el significado de la misma".

En el siglo XX las novelas del escritor judío checo Franz Kafka, como *El proceso* (1925), *El castillo* (1926) y *América* (1927), presentan hombres aislados enfrentados a burocracias inmensas, laberínticas y genocidas; los temas de Kafka de la angustia, la culpa y la soledad reflejan la influencia de Kierkegaard, Dostoievski y Nietzsche. También se puede apreciar la influencia de Nietzsche en las novelas del escritor francés André Malraux y en las obras de teatro de Sartre. La obra del escritor Albert Camus está asociada a este movimiento debido a la importancia en ella de temas como el absurdo y futilidad de la existencia, la indiferencia del universo y la necesidad del compromiso en una causa justa. También se reflejan conflictos existencialistas en el teatro del absurdo, sobre todo en las obras de Samuel Beckett y Eugène Ionesco. En Estados Unidos, la influencia del existencialismo en la literatura ha sido más indirecta y difusa, pero se pueden encontrar trazas del pensamiento de Kierkegaard en las novelas de Walker Percy y John Updike, y varios temas existencialistas son evidentes en la obra de escritores como Norman Mailer, John Barth y Arthur Miller.

NOVIEMBRE, 1999.

EL EXTRANJERO

A un discípulo al que, literalmente le aterraba la mera posibilidad de cometer errores, le dijo el Maestro: Los que no cometen errores cometen el mayor error de todos: el de no intentar nada nuevo. [1]

He aquí una lista de los sinónimos de la palabra absurdo: desatinado, descabellado, **incoherente**, irracional, extravagante, necio, inepto, insensato, **ridículo**, ilógico, disparatado, etc. Al hablar de la existencia *absurda* del señor Meursault me parece que todos los adjetivos concuerdan con su presencia en el mundo y con la huella que deja en las personas. Brevemente, trataré de exponer los principales puntos por los que la vida del señor Meursault me parece *absurda* y me llena de coraje y tristeza.

Durante la novela, el señor Meursault se enfrenta aproximadamente con 7 situaciones fuertes de la vida, las que simplemente le parecían indiferentes o sin importancia; y yo digo: ¿qué ser humano ante la muerte de una madre, la proposición de un amor, una amistad, al encontrarle el gusto a la vida o hasta en el juicio contra su propia vida puede ser indiferente? Estas reacciones primero me dieron risa, pero más tarde me llenaron de desesperación. Al principio me resistí a la idea, pero luego comprendí que esta gente *sí existe* y que cada día, dentro de muchos detalles, nos estamos volviendo así... EGOÍSTAS. Esa es la palabra exacta que describe la personalidad del señor Meursault. Sólo pensaba –aunque fuera inconscientemente– en su bienestar, en su futuro, en sus consecuencias... los demás no merecían su atención, carecían de importancia para él, mientras no le estorbaran.

Otros ejemplos de indiferencia ante la vida: su propia muerte, al decir que *no había cosa más importante que una ejecución capital, que era aún la única cosa realmente interesante para un hombre*[2], el recuerdo de María, *muerta, no me interesaba más*[3], la religión, *Dios es una cuestión sin importancia*[4] etc.

Otra cuestión es la falta de opinión propia. *Yo no opinaba nada, pero me parecía interesante*[5]. El señor Meursault difícilmente manifestaba su pensamiento a favor o en contra de alguna cosa. Todo le daba igual. Siempre he pensado que las personas debemos de cuidar qué, cómo y en dónde decimos las cosas, pero la gente que se abstiene de decir las cosas por miedo a las reacciones de los demás o aun peor, porque ni siquiera tiene un pensamiento definido hacia algo y todo le da igual, son las que más me llenan de rabia, pues creen que los demás son MÁS que ellos y por eso tienen miedo a ser juzgados por como piensen o actúen. *Hay una cosa que ni siquiera el mismo Dios puede hacer, le dijo el Maestro a un discípulo al que le aterraba la mera posibilidad de ofender a alguien. ¿Y cuál es? Agradar a todo el mundo dijo el Maestro. [6]* Además, cuando le ofrecen un trabajo nuevo en París, él responde que no desea cambiar de vida, que así se siente bien. Eso refleja, aparte de ser un hombre sin ambiciones, que el señor Meursault le tenía miedo al cambio, muy en el fondo de sí mismo.

El tercer punto trata del costumbrismo del señor Meursault. Frases como *así son todos los días, hace 8 años que ocurre lo mismo, se queda siempre ahí, no tenía nada que hacer, uno acaba por acostumbrarse a todo, nada ha cambiado*, etc. lo muestran claramente. Bien dicen que a todo se acostumbra uno, menos al no comer, pero el solo hecho de acostumbrarse a las cosas, sin luchar por un cambio, por algo nuevo, siempre recae en la monotonía, en la rutina. Hace que la vida se convierta sólo en recibir y resignarse a lo que pasa es algo que no permite vivir plenamente, que hace de la persona un parásito, como el señor Meursault, que deambulaba solo en su departamento un día entero observando a los demás sin hacer nada por sí solo, fumando y comiendo, o que todos los días de su trabajo eran exactamente iguales. Otro signo de costumbrismo se presenta cuando no le importa estar en la cárcel, pues piensa que lo único difícil es acostumbrarse a matar el tiempo (justo como en su casa en su día de descanso).

También cabe mencionar que el señor Meursault tiene un problema de insensibilidad, probablemente consecuencia de todo lo antes mencionado. Hasta él mismo reconoce que *las necesidades físicas alteraban a menudo sus sentimientos*[7]. Por ejemplo, por el calor mató al árabe y no se concentraba en las palabras de su juicio. Sólo dos sentimientos se presentan claramente en la novela: cuando, en su juicio, quiso llorar, *porque sentí cuanto me detestaba toda esta gente*[8] y otro es el miedo, cuando está en su celda esperando su

ejecución. Pero por lo demás, en ninguna ocasión presentó emociones y/o sentimientos distintos a estos y hasta llega a llamar a algún supuesto indulto una *alegría insensata*[9].

No muestra seña alguna de arrepentimiento, en vez de mostrarla, se siente aburrido por todo su proceso. Parece que su insensibilidad es el crimen principal, pues se le acusa indirectamente de matar moralmente a su madre, por falta de atención y cuidados.

Sólo en el final, comencé a ver reacciones humanas en el señor Meursault, por ejemplo, cuando estaba furioso y tomó al capellán por el cuello. Me parece que le pesaban la presencia y las palabras del capellán, porque lo enfrentaba con él mismo, con su verdadero yo, y eso a todos nos molesta, porque nos hace darnos cuenta de lo que no queremos ver.

En conclusión, el señor Meursault es una persona muy egoísta, que no arriesga ni desea ningún compromiso. Nada le importaba realmente. Si tenía sentimientos, no los expresa en absoluto, solo pasa la vida, el día a día, sin realmente vivirla. En cuanto le hartaba algo, lo dejaba sin importarle sus consecuencias. Vivía de acostumbrarse a las cosas, y por supuesto no se apasiona con nada. Es un ser frío que no tiene preferencia alguna; no ama, no siente, no teme, no se alegra.

Su existencia absurda es simplemente...*apatía*.

BIBLIOGRAFÍA.

Camus, Albert.

EL EXTRANJERO

Ed. Alianza.

México, 1997.

De Mello, Anthony.

UN MINUTO PARA EL ABSURDO.

Ed. Sal Terrae.

España, 1993.

[1] De Mello, Anthony UN MINUTO PARA EL ABSURDO. Ed. Sal Terrae. España, 1993. Página 30.

[2] Camus, Albert. EL EXTRANJERO. Ed. Alianza. México, 1997. Página 128

[3] Ibid, página 134.

[4] Ibid, página 135.

[5] Ibid, página 40.

[6] De Mello, Anthony. UN MINUTO PARA EL ABSURDO. Ed. Sal Terrae. España, 1993. Página 275.

[7] Camus, Albert. EL EXTRANJERO. Ed. Alianza. México, 1997. Página 75.

[8] Ibid, página 104.

[9] Ibid, página 133.
